

Razón y pasión son los dos grandes motores de la actividad humana. De ahí el sentido humano de España, rasgo el más acusado de su carácter.

Pensemos ahora en Murcia. En la ciudad y en la tierra huertana, sobre la cual se prolifera su esencia, o de la cual recibe como la motivación de su ser o el complemento de su integridad. Nunca pensaremos bastante en Murcia, mientras no bagamos trascender ese pensamiento al exterior. La conciencia no tiene por finalidad el permanecer absortos en una quietud contemplativa. Debemos mantener en ejercicio un dinamismo que conserve la personalidad y la acentúe, con fruto. El amor a Murcia que sentimos todos, por fortuna, tiene un campo de acción más amplio que el de la simple consideración de nuestras glorias pretéritas. Y adviértase que en el considerarlas bien y en precisar cuál sea su verdadera sustancia está el secreto de este otro amor activo de que nos dan ejemplo las demás partes de España. Porque podría ser tan desordenado ese amor, que desvirtuándose y nutriéndose de extrañas esencias, nos llevara por mimetismo incomprensivo a elaborar una Murcia ficticia, inspirada en sugerencias ajenas que sofocara y sepultara la Murcia genuina y personal a la cual nos debemos. Pero, salvo el cuidado de no tropezar con ese escollo, laborar por Murcia y en Murcia, se impone. Y con algo más que con la cómoda posición crítica de algunos que llevan muy bien la cuenta de los errores y las torpezas de los demás, pero ni por casualidad descubren un acierto en la obra ajena. La crítica negativa es demoleadora. Apaga todos los entusiasmos y señala a los hombres probos el camino de la inacción, por miedo a incurrir en el descrédito o en el ridículo.

Después de este servicio que nuestra tierra nos exige, con suave y amorosa exigencia maternal, debemos tener nosotros el cuidado de mantener su buen nombre de puertas afuera. Los extraños no van a venir a suplirnos en ese menester. Cada

